

Capítulo 11: Segunda Cruzada.

La Caída del Ángel era un oscuro antro de música atronadora. Luces estroboscópicas, fluorescentes de colores y posters de grupos de todo tipo de Metal, recorrían las paredes y el techo entremezclados con pintadas y grafiti con mensajes que iban desde la rebeldía hasta lo obscuro.

Jóvenes mortales de complejos peinados, tatuados y taladrados por objetos punzantes por todo su cuerpo, bebían y bailaban, charlaban y jugaban al billar o los dardos, en la antigua pista de baile de la mansión del Risco del Cuervo, imbuidos por el efecto de drogas sintéticas, setas alucinógenas y hachís.

Nada parecía reposar tranquilo en aquel lugar y, sin embargo, Quatemoc se sentía un remanso de paz en medio del maremágnum. El rock metal, trash, black, death y demás estilos que sonaban de grupos como Metallica, Ministry, Fear Factory, Korn o Sepultura eran como una nana para cualquier cainita que hubiera sufrido y superado sus pruebas de iniciación. Aquella música, que los servicios de inteligencia occidentales solían utilizar para torturar y rebajar a los prisioneros capturados antes de los interrogatorios, se utilizaba en la Mano Negra para templar los nervios y poner a prueba la concentración y resistencia de sus futuros miembros y terminaba por convertirse en algo familiar y relajante, algo propio. Posiblemente aquel fuera el motivo para 25:17 de convertir su refugio en un templo del Metal.

Ezequiel lo había habilitado años atrás, cuando era un viejo hospital mental en desuso que se había reformado a partir de una mansión abandonada. Con dos pisos y sótano, estaba separado de la plaza de la Milla de Oro por un muro de cuatro metros de alto y una pequeña arboleda, lo que le daba intimidad relativa y permitía mantener cierto grado de seguridad, teniendo en cuenta que se hallaba en pleno centro de la ciudad, junto a la universidad McGill, cerca del Hospital Reina Victoria.

Habían llegado hasta allí siguiendo las indicaciones de Miguel Santo Domingo, que, nada más empezar la noche, les había hecho una visita para pedirles su intercesión entre el obispo Ezequiel y Carolina Valez. El Contramaestre de los Navegantes no quería una guerra en Montreal y, argumentaba que, si Valez había conseguido mantener unidas a las cofradías tanto tiempo, poco importaban sus anteriores fracasos o el origen de su designación. Lo importante,

les dijo, era permanecer juntos. Les sugirió que trataran con Soldat, uno de los cofrades de la cobra que hacía las veces de mentor y consejero.

Quatemoc se dio cuenta de la relevancia que había obtenido su manada en tan poco tiempo. Como grupo externo, ajeno a las fuerzas establecidas y a las influencias de las facciones imperantes, se convertían en el blanco de todas las miradas y despertaban el interés de los líderes para intentar desequilibrar la balanza. A él no le atraían nada los tejemanejes políticos y los juegos de poder, aunque si estaba siempre interesado en descubrir secretos que guardaban muchos cainitas y que, además de jugar una baza importante en sus relaciones sociales, podrían llegar a esconder traiciones a la secta y a sus hermanos. Por eso, su militancia en la mano, era tan importante para él y, pese a lo que pudieran pensar sus cofrades al respecto, de que les ocultara parte sí mismo y de la información que poseía, sentía que su labor y la finalidad de sus acciones, lo justificaban con creces.

Pero ¿Qué era la Mano Negra en realidad? ¿En qué consistía su trabajo para aquella organización dentro de la secta? Le preguntaban muchas veces. Él, siempre evitaba responder. Y no solo por el hecho de la importancia de mantener el secretismo que juraban todos sus miembros, bajo pena de ser destruidos definitivamente si se descubría que habían difundido algo, sino porque en realidad, él mismo tampoco poseía una idea clara sobre ello, más allá de la búsqueda de todo tipo de enemigos de la Espada de Caín y las actuaciones militares secretas. Imaginaba que cuanto más tiempo se pasaba a su servicio y más importantes fueran sus misiones, más descubriría. Por ello, estaba tan convencido de participar en aquella cruzada y conocer de primera mano a una manada con gran experiencia, en la que, además, todos sus miembros la militaban.

- ¿Cómo es posible que sea tan grande? – Preguntó Lupus a Soldat una vez las presentaciones iniciales les habían llevado a buscar conversaciones de acercamiento. La Bestia estaba también escuchando.

-Su nombre es Elías, pero todo el mundo le llama 'la ballena'. - Respondió el otro cainita. Parecía amable en el trato y tenía una voz curtida, como de sargento de marines. – Es tan gordo, que para moverse tiene que usar potencia constantemente. Pero el caso es que es él mismo el que se lo ha provocado, parece ser que, a base de mantenerse casi todo el tiempo en el agua, dicen. Aunque también está el tema ese del Crisol, el ritual de cambio que practican todos los miembros de los Desgraciados. Seguramente, L'Heureux ha tenido algo que ver en su

transformación. Lo cierto es que nunca vi nada igual y eso que he visto cosas que ni os imaginaríais. – Su mirada pareció perderse en algún recuerdo.

La música estaba tan alta que Quatemoc apenas podía escuchar mucho desde su posición. Desvió su atención hacia otro lado y se fijó en que Atram, o Lilith, como se hacía llamar ahora, se hallaba apartada en uno de los sillones de la pared aladaña, sentada junto a la otra taumaturga. Hablaban entre ellas, aunque, más bien parecía que era su cofrade la que intentaba sacarle tema de conversación a la tal Yasmin y que esta no estaba muy por la labor de hacer amistades. Ni siquiera se había quitado la capucha y sus ojos permanecían ocultos.

Recorrió la pista en la que se encontraban con la vista y descubrió al vástago de rasgos del medio oriente mirándole desde el quicio de una de las puertas en el que estaba apoyado de pie. Ahora sabía que su nombre era Reza Fatir y que era un ángel de Caín, como él mismo. Su gesto parecía una invitación silenciosa a que se acercara a hablar con él, así que lo hizo.

-Salam aleikum, hermano. – Dijo el árabe. Poco antes, Soldat les había dicho que cada anilla de su coleta simbolizaba una no vida destruida por su mano.

-No soy musulmán. - El silver Rocket sabía que muchos assamitas profesaban aquella religión incluso allí, en América.

-Tanto da ¿No es cierto? - Y le mostró la palma de su mano haciendo surgir la media luna plateada durante menos de un segundo. Era un tatuaje hecho con magia de sangre, la marca por la que se identificaban los manus nigrum entre ellos. Podía hacerse ver a voluntad y de ninguna otra forma. Quatemoc hizo lo propio. El assamita de los 25:17 continuó con su aterciopelada voz:

- ¿Quién te introdujo?

- El Cardenal.

- Él no pertenece a la Mano.

- Tiene contactos.

- ¿Quiénes son sus contactos?

- Pregúntale a él.

- Te lo estoy preguntando a ti.

- Y yo te he respondido.

- ¿Cómo sé que no mientes?
- Por la marca.
- La marca se puede imitar.
- No. No se puede.
- ¿Cómo lo sabes?
- Todos lo sabemos.
- ¿Y si no fuera verdad?
- ¿No existiríamos? – Esta última no la sabía.

-Hmm. No andas desencaminado...- dijo sonriendo. Aquel interrogatorio formaba parte del ritual de presentación de los militantes y, a partir de las respuestas, se suponía que uno podía hacerse una idea del rango del interpelado y su nivel de conocimiento de los secretos. No era tanto el contenido de la conversación como la manera en la que se respondía a cierto tipo de preguntas. Obviamente, Reza Fatir, poseía más rango y experiencia:

-Necesitamos saber si tu manada trabaja para Valez.

-Trabajamos para el Cardenal. - las lacónicas y parcas palabras del indio, aunque habrían desesperado a cualquier otro, parecían ser del agrado de Fatir, pues no cambió su sonrisa, cuando le dijo:

- Pues durante esta cruzada, trabajaréis para la mano.

El Ángel Oscuro, sobrenombre con el que les habían presentado al asamita antitribu de los 25:17, se esfumó tras estas palabras y Quate se quedó un rato pensando en lo que aquello podría implicar. Era fácil que pudiera presentársele pronto un conflicto de intereses en el que tuviera que elegir entre sus hermanos y la organización secreta. No sería plato de buen gusto, desde luego.

Estando en aquellas cavilaciones, aparecieron los Huérfanos en tropel. Aunque la manada de vástagos, la formaban el tal Bellemare y sus dos acompañantes femeninas, normalmente, el grupo se movía con una banda de moteros mortales que les seguían a todas partes, como ya había podido comprobar la Bestia. Aquello hizo que el local se llenase de pronto y que se formaran algunas peleas y disputas que ellos mismos generaron. Estaba claro que a su ductus le gustaba provocar, pero por lo que pudo observar Quatemoc, debían contar con el total beneplácito de Ezequiel, pues allí nadie intentó poner orden o impedirles que hicieran su voluntad. Pierre Bellemare no se mostró especialmente interesado en conversar con ninguno

de los Silver Rockets y se limitó a saludar con la cabeza mientras seguía con los juegucitos con sus chicas y los demás. Se dedicó a insultar a otros mortales que estaban allí y a meterse con las mujeres con las que iban para incitarles y luego pegarles y hacer que se fueran. Al asamita no le importaban los mortales, pero la actitud de aquel cainita le desagradaba.

Poco después, llegó Polidori. Quatemoc aún no había conseguido averiguar mucho sobre su rango en la Mano, pero sospechaba, que por la deferencia con la que le trataban los 25:17, al menos debía tratarse de alguien con buenos contactos. El nosfe antitribu se mostró muy amistoso y correcto con todos, como siempre que le habían visto y, cuando la manada del obispo anunció que se reuniría solo con Les Orphelins y con él para concretar los planes, trató de explicárselo. Les reunió a parte, en un sitio donde la música llegaba apagada:

-Debéis entender que el obispo acaba de conoceros. Y aunque yo quiero confiar en vosotros, hay demasiado en juego. Por lo que sé, vuestro papel consistirá en seguirme a mí y hacer lo que yo os diga, así que no necesitáis conocer el resto de los pormenores. En media hora partiremos hacia el punto de reunión. Estad preparados. – Y Polidori, bajó al sótano con las otras dos cofradías autóctonas, dejándoles allí.

-Esstio ess un ultrraje. No noss tienen el máss mínimo resspieto. – La Bestia estaba completamente fuera de sí. – Noss hemos ofrriesido a alliudarrless y mirra cómo noss lio paghan. Y ese patán de Bellemare no mie gussta. Pantierra, si no hasess algo tú lo harrié yo. Les dirré unas cuantass guapurras a esos engrrieidos.

-A mí esto me gusta tan poco como a ti, Bestia. Pero ¿Qué vamos a conseguir protestando? – El lasombra parecía también bastante contrariado, aunque se contenía, como era habitual en él. – Al fin y al cabo, nos conviene estar en este barco.

- ¿Estamos seguros de eso? Yo sigo pensando que una visita al Alexandrium sería un camino más rápido y seguro para nuestros intereses. – Lilith no parecía satisfecha de su conversación con Yasmin.

-Gente, yo confío en Polidori, es un Sabbat de verdad. Puedo olerlo. Y el tal Soldat me ha caído bien. – Lupus, era más visceral.

-Si tuviéramos que fiarnos de tu intuición con los condenados, agarrábamos por el lado de los tomates. Estaríamos más perdidos que un turco conchudo en la niebla. – le reprendió medio en broma De Paso. – Pero el caso es que nos re cagaron y basta. Y es tarde para volvernos a la biblioteca.

Por una vez, el assamita antitribu se decidió a intervenir: - Ya sé que, a lo mejor, no tengo derecho a pedirlos esto, hermanos. Pero sea lo que sea en lo que vayamos a meternos y dejando de lado si nos conviene o no para nuestra misión ordenada por Stratchona, mi deber es seguir a estos cainitas allá donde vayan esta noche. Entiendo que algunos no lo veáis así y aceptaré vuestra decisión. Aunque preferiría hacerlo con todos vosotros. – Casi se sorprendió a si mismo con su sentencia y aún más con la acogida que tuvo. Nadie osó cuestionarle, es más, tanto Pantera como el voivoda estuvieron de acuerdo en que habían sido contadas las veces en que Quatemoc les había pedido algo y que, por tanto, sería justo otorgárselo.

Así que media hora después salieron hacia Ottawa. Las customs y la furgoneta siguieron a Polidori para salir de Montreal, dejando atrás la ciudad de los mil campanarios por el Suroeste, pasando el aeropuerto Dorval y hacia la 417 de la autopista transcanadiense. Normalmente, les había dicho De Paso, sería más rápido que enfilarse la 50 por el Norte y, los territorios a atravesar, no estarían infestados de Lupinos. Aunque, precisamente por ese motivo, la Camarilla lo tendría mejor vigilado. Pero se suponía que sus enemigos estaban en horas bajas. Si aquello no era cierto, pronto lo comprobarían. En poco más de dos horas, como a las 4:00 AM habían llegado, sin ningún percance, a un parque industrial situado a las afueras, cerca de Sheffield Glen y allí se bajaron.

Ezequiel y Polidori les condujeron hasta una zona de aparcamientos prácticamente vacía a aquellas horas de la noche. Pierre Bellemare dijo que la hermana Evelyn, que resultó ser una de sus dos inseparables acompañantes, se encargaría de los vigilantes de seguridad, y al parecer, así lo hizo, pues se ausentó unos veinte minutos y no hubo noticias de ellos el resto de la velada.

Como había supuesto Quatemoc, no parecía que aquella misma noche fueran a iniciar las hostilidades, sino que, las horas que quedaban, las utilizarían para prepararse como mandaban las costumbres. Y qué sería de los llamados *Authoritas Ritae*, o ritos primordiales de la secta de Caín, sin su Danza del fuego antes de una Cruzada. El assamita antitribu de los Silver Rockets

pensaba que nunca había visto una como la de Atlanta. Con tantas manadas, la música de los Cosechadores, el rugir de la multitud. Pero la de aquella noche en Ottawa no le fue a la zaga.

Empezando por la espectacularidad de la creación del pasillo de fuego, que no se debió sino a la increíble destreza de Yasmin la Negra con el uso de la senda de la llama, un conocimiento taumatúrgico reservado a los más intrépidos cainitas y estudiosos aplicados de la Magia de la sangre, que maravilló a todo el mundo y en especial a Lilith. Siguiendo por la sorpresa que fue para Lupus, el ver a Soldat sacar del maletero de uno de sus coches y colocarse una vestimenta típica escocesa y una gaita y comenzar a tocar una melodía pagana que Bellemare acompañó con impíos ritmos, sacados de un gran Yembé. Y terminando con Reza Fatir y Cairo, la acompañante espigada del líder de Los Huérfanos, batiéndose junto a las brasas y sobre ellas, en un fulgurante combate ritual que dejó boquiabiertos a los que nunca les habían visto en acción. Ella, con una exótica katana que manejaba como si fuera un samurái y él con un puñal ancho con guarda que hacía girar en su puño en cada finta. La velocidad y precisión de ambos y sus asombrosos movimientos y reflejos hicieron las delicias de sus observadores, que tuvieron que reconocer que habían visto pocos cainitas que pudieran rivalizar con ellos.

Con semejante cuadro, las desconfianzas y asperezas de la manada mejicana para con las otras dos cofradías canadienses, fueron limándose y desapareciendo. Todos completaron el rito ígneo con éxito, y cuando parecía que ya nada más podía mejorar el ambiente y preparar el espíritu para la batalla, Pierre Bellemare propuso algo:

- ¡Caribdis! – Anunció. – Y Ezequiel, Soldat, Reza y Yasmin lo celebraron con fervor.

-Sí, ¡la lavadora!, gritó el obispo. Un gran colofón para esta noche señalada. – Y la cosa se puso en marcha. Caribdis, o 'la lavadora' como lo había llamado la cobra, era un Ignobilis Ritae propio de la manada de Les Orphelins. Estos ritos, eran creados y practicados por las diferentes cofradías o grupos o ciudades, sin ser parte de los 13 principales Authoritas que conformaban la columna vertebral ritualista de la secta. En este caso, el ritae parecía consistir en una especie de Vaulderie conjunta, lo que no atraía demasiado a Quatemoc. Por así decirlo, para él, aquella situación podría ser más peligrosa que la Danza del fuego. Su autocontrol para con la sangre de vampiro se veía incluso más comprometido que cuando debía enfrentarse a las llamas. Era la debilidad que cargaban los de su sangre en el Sabbat, pero si Reza Fatir, que le miraba con curiosidad, no parecía preocupado, él no podía ser menos. Así que comenzó a prepararse mentalmente para una difícil prueba.

Mas la suerte parecía estar de su parte. Polidori, tras excusarse con Ezequiel y Bellemare, dijo que debía partir ya para iniciar los preparativos de la noche siguiente y que necesitaba hablar un momento con el indio assamita para concretar ciertos pormenores. Pese a que el líder de los Huérfanos se quejó al obispo de la falta de respeto a su cofradía, éste le instó a aceptar ciertas licencias que los miembros de la Mano debían tomarse, en aras de un objetivo superior y tuvo que acatarlo. No obstante, el resto de los miembros de Silver Rockets, sobretodo Lupus, parecían entusiasmados con la idea de participar en aquel singular evento.

Alejándose, Quatemoc pudo observar como todos allí presentes, comenzaban a tomarse de las manos unos a otros en corro y a corear al unísono, primero en susurros y luego elevando el volumen cada vez más: 'LA-VA-DO-RA, LA-VA-DO-RA'. Mientras uno a uno, se iban incorporando a la actividad que consistía en morder la muñeca del que tenían al lado, succionando con fuerza el espeso fluido, haciendo que la vitae de todos ellos comenzase a circular mezclándose, a la vez, a través de sus cuerpos, en una vorágine ininterrumpida. La mera visión, ya le estaba suponiendo un reto al assamita, que se alegró de tomar distancia lo más rápido posible con Polidori.

-Te preguntarás por qué Fatir no le teme a la Vaulderie. – Le dijo cuando se hubieron apartado lo suficiente. El silver rocket lo miró sin contestar. Por un momento, pensó que el nosferatu antitribu era capaz de leerle la mente. – Es normal porque el Ángel Oscuro en realidad no es un antitribu abrazado por un sabbat. - Continuó Polidori - Él se cambió de bando en plena guerra. Tenía un contrato de sangre para acabar con Ezequiel. De esos que firman los chiquillos de Hassan que aún sirven al Viejo de la montaña, en Alamut. – Quate conocía la historia de los Assamitas 'originales', aunque nunca se había cruzado con uno. Sabía que no eran capaces de beber la sangre de otro vástago ya que ésta les dañaba, debido a un ritual taumatúrgico que les habían impuesto los Tremere a todos los que no se unieron al Sabbat, tras las revueltas y la convención de Thorns. Pero lo que aquello implicaba, le cuadraba menos, si cabe.

– Pero Reza es especial. – Añadió - Cuando ingresó en la Mano, guiado por la cobra, tras haberle convencido de que servía a falsas promesas, se vio obligado a enfrentarse a pruebas más despiadadas y mortíferas que casi ningún otro, teniendo en cuenta el peligro que había de que, en realidad, su traición fuera simulada. El fanatismo de los asesinos, como también se les llama, es muy conocido y también su astucia. Pero sus mentores se dieron cuenta rápido de que algo no encajaba. La vitae, no solo no le provocaba daño, sino que ni siquiera era capaz de afectarle del modo común. Hasta ahora, ningún otro cainita ha sido capaz de forjar con él un

vínculo, ni directo, ni a través de Vaulderie. Y, posiblemente, por esa misma rareza, el Ángel Oscuro tampoco siente un impulso irrefrenable de consumirla.

- ¿Y la Mano se fía de él? – Preguntó extrañado Quatemoc.

-La Mano se fía de Ezequiel y es chiquillo de un infernalista confeso y conocido. Pero más que fiarse, la Mano posee, como irás descubriendo, mecanismos de autoprotección que sólo unos pocos conocen. – Polidori parecía dispuesto a contarle algo más al assamita y eso le hizo sentir un cosquilleo interno que no sentía desde hacía mucho tiempo. - Pero existe la desconfianza en el seno de la secta. Es más, es una tónica en toda organización secreta y más en una que se basa en la propia desconfianza entre los cainitas. Hay quien dice que la Mano Negra, no sirve al Sabbat, sino a sí misma. También algunos proclaman que en ella hay miembros de la Camarilla, Garous e incluso Magos. O que a la que nosotros servimos, no se trata sino de una falsa tapadera, que esconde a la verdadera organización. – El rostro deforme de Polidori era inescrutable, aunque Quatemoc, podía intuir cierto grado de ironía en las palabras del nosferatu antitribu. - Existe toda una red de rumores y falsas propagandas que, en mi opinión, no están ahí sino para confundir y despistar a sus enemigos y detractores, incluso entre sus propios integrantes.

-Reza me dijo que, en esta cruzada, trabajábamos para ellos. ¿Debo entender que es un objetivo independiente al de la Espada de Caín? – Probó el assamita.

-En efecto, muy perspicaz. Te revelaré, aunque no puedes decírselo a nadie más, ni Sabbat, ni siquiera a otros miembros de la mano que no sean los 25:17, que yo soy un Dominio. – Aquel término le sonaba, lo había oído mentar en susurros durante sus entrenamientos. Polidori prosiguió - El líder militar de la zona de Canadá. Y tengo instrucciones de arriba que debo cumplir a toda costa. Para ello es indispensable que llegue hasta el corazón de Ottawa y hable con una vieja amiga. - Quatemoc no entendía muy bien a qué se referiría, pero cada vez sentía más aprecio por aquel cainita que parecía confiar en él, más de lo que ningún otro miembro de la Mano lo había hecho hasta entonces, y además era un líder. – Y te preguntarás por qué te estoy contando esto, ¿No? – Le miró - Mañana, tú y tu manada me acompañaréis en esa misión y necesito que les convenzas para que sigan al pie de la letra mis órdenes, sin preguntas y sin dudas. Pase lo que pase y veáis lo que veáis. – Polidori dejó al assamita de los Silver Rockets reflexionar unos segundos. – Ten en cuenta que todo dependerá de nosotros dos en el campo de batalla y si tus cofrades están interesados, una buena actuación podría granjearles

mi apoyo para un eventual ingreso en la organización, por no hablar de tu promoción incondicional. Pero un error nos costaría no solo la muerte definitiva a nosotros, sino algo mucho peor de lo que puedas imaginar.

-Y si es tan importante, ¿Cómo es que no te acompaña 25:17? – Aquella duda, le surgió al instante.

-Mi cometido dependerá totalmente de que Ottawa sea tomado y no puedo dejar esa responsabilidad sobre Pierre Bellemare y sus Huérfanos, por muy débil que estén las defensas. Prefiero que ese trabajo lo haga alguien de mi total confianza. – Sentenció el Dominio. Y ambos permanecieron en silencio durante un tiempo. La temperatura comenzaba a descender, anunciando que faltaban pocas horas para el alba. – ¿Puedo contar contigo entonces? – Dijo finalmente Polidori. – Quatemoc, cabeceó afirmativamente, sin decir palabra. – Veamos pues si has aprendido algo hoy. – El nosferatu antitribu se colocó el casco y se puso los guantes dirigiéndose hacia su motocicleta mientras hablaba. - ¿Qué ocurriría si no fuera verdad que la marca no puede ser imitada? –

El silver rocket se miró la palma de la mano:

-Nada. No cambiaría nada. – Dijo lentamente. Y el ruido del motor arrancando se propagó todo alrededor, apagando en su mente los ecos de la conversación.

Polidori sonrió, si a aquella mueca cadavérica se le podía llamar sonrisa y le enseñó el pulgar hacia arriba como validando su respuesta. Cuando pasaba a su lado, se detuvo y gritó para que se le oyera por encima de aquel potente petardeo: -Mañana pasaré a buscaros nada más anoecer. Dile a Pantera que debéis estar preparados para todo, y que confíe en ti. – Y se alejó en la noche hacia Ottawa.

Cuando Quatemoc regresó a donde estaban los demás se sorprendió bastante de ver a los integrantes de las tres manadas, conversando, divirtiéndose y relacionándose tan animadamente y de forma tan abierta y sincera. El rito de Caribdis, debía poseer una fuerte capacidad para impulsar los vínculos, mayor que el de una Vaulderie normal. Nunca había visto a La Bestia mostrarse tan amigable, o a De Paso cantando pasodobles a alguien que acababa de conocer. Incluso Yasmin, pareció abrirse un poco y estuvo un buen rato conversando con Lilith. Era como si estuvieran embriagados por alguna droga social. El caso era que aquellos dos cainitas, Ezequiel y Bellemare, poseían, aunque por motivos muy diferentes, caracteres

poderosos, que atraían a sus semejantes. El assamita antitribu creía que era el único que se mantendría ajeno a aquella sinergia hasta el amanecer, cuando fuesen a guarecerse en el refugio que les habían preparado. Pero cuando se fijó en Reza Fatir y se acordó de lo que Polidori le había contado, se dio cuenta de que aquello no era cierto. El Ángel Oscuro, reía y conversaba como los demás, pero en realidad, el ritae no le había afectado en lo más mínimo.

Nada más despertar, Quatemoc recordó lo largas que se le habían pasado las últimas horas hasta el amanecer. Pero la hora había llegado por fin, y él, estaba preparado. Quizás no podría decir lo mismo de sus cofrades, ya que, al parecer, el rito de la lavadora poseía algún tipo de efecto similar a la resaca, aunque teniendo en cuenta que los vástagos no podían enfermar, aquello no tenía demasiado sentido. Pero así era. Lupus fue muy descriptivo al respecto:

-Mierda, me siento como si catorce elefantes me hubieran pisoteado la cabeza y luego hubiesen jugado a succionarme por sus trompas y expulsarme por el culo.

-Va ¿qué es esto? ¿Nos revivieron para hacernos sentir enfermos? – añadió De Paso. - ¿O es una nueva tortura de la Mano Negra que estuvieron probando con nosotros?

-Eso no tiene nada que ver con la Mano. – Dijo el lacónico assamita. Aunque sabía que su cofrade estaba bromeando. – Pero puede que muchas de las cosas que veamos hoy sí que lo tengan.

Pantera que parecía tan afectado como los demás, pero intentaba guardárselo para sí mismo, dijo entonces: - Ayer hablaste con Polidori sobre nuestro cometido, ¿No es así? ¿Qué nos puedes decir?

-Espierro que ssea algo máss que simplemente tenrremoss quie seguirrle y confiar siegamente en él. Essto de la Manus Nigrrum nunca mie ha gustado. Yo sirrvo al Sabbat. – Intervino el voivoda.

-Si no podéis confiar en la Mano, sólo puedo pedirós que confiéis en mí. – Quatemoc intentó mostrarse más cercano que de costumbre. - Además, todos habéis podido ver que Polidori parece de fiar. Siempre nos ha tratado con respeto. ¿No es así? Os pido que le demos una oportunidad de demostrárnoslo. – Dijo esto mirando a la Bestia que soltó un resoplido, pero no puso objeción. Y luego miró al lasombra: -No quiero inmiscuirme en tu labor como ductus

de la manada, pero sí que debo pedirte que acatemos las directrices de Polidori mientras estemos con él, al menos durante esta incursión. Puede que nos movamos en un terreno que nos sea desconocido.

-Yo siempre digo que hay que dejar a los especialistas en su terreno. El nuestro es el de los chuchos, si esto no va de cambiaformas, yo apoyo el consejo de nuestro amigo Quate. – El assamita sabía que podía contar siempre con la confianza de su hermano Lupus. A veces se equivocaba, pero nunca te dejaba en la estacada.

-Lo veremos. – Pantera estaba algo reticente al respecto. Y no sólo porque pareciera afectado por aquella extraña resaca. Quatemoc sabía que no le gustaba seguir ciegamente a nadie, estaba en sus principios. Si consentía en todo aquello, solo era por su hermano, pero no podía pedirle más. Así que, se lo agradeció con la mirada.

Una hora más tarde avanzaban por los canales que conducían a los túneles de las alcantarillas por los desagües del río Ottawa. El caudal, dividía en dos la ciudad y también separaba las provincias de Ontario y Quebec. Era un río ancho, cruzado por grandes puentes a lo largo de su recorrido, pero los más impresionantes, se encontraban en Montreal y en la propia capital canadiense. Quatemoc sabía poco sobre la ciudad, ya se preocuparía más adelante de informarse. Por suerte para él, su misión consistiría en seguir las órdenes del cainita que ahora les guiaba en silencio.

Alcanzaron un pequeño promontorio en el que una estructura soportaba una oquedad. Una puerta enrejada daba paso a la entrada de un túnel, oscuro y húmedo, con dos vías de paso a los lados y un caudal en el centro que transportaba las aguas que se vertían al río. Justo en el momento en que Polidori abrió fácilmente la cerradura con una ganzúa, unas cuantas gotas anunciaron el inicio de una fina lluvia nocturna.

-Hoy os daré un curso acelerado de cómo son las cloacas de una ciudad. No os vendrá mal, siempre que tengáis que enfrentaros a un nosferatu camarilla. - Mientras hablaba, el agua que resbalaba por sus mechones desiguales de pelo, empezó a mojar los hombros de su gabardina. -Como ya sabréis, a mis némesis les gusta vivir protegidos y ocultos de miradas indiscretas. Piensan que esto les va a mantener alejados del peligro – Cuando dijo esto último, el nosfe antitribu, les miró. – Pero hay algunos peligros de los que es inútil esconderse. – Quatemoc no

sabía si se refería a ellos mismos, en aquel momento, aunque por alguna extraña razón, le pareció que no. – Id pasando dentro y esperadme un minuto.

Los Silver Rocket se adentraron en el conducto, resguardándose de la humedad exterior, aunque Quatemoc sintió que la del interior, resultaba más espesa y recargada. No obstante, el agua que recorría aquel canal, no parecía excesivamente sucia.

-Crieo qui esto no fa a gustiarrme demasiado. – Dijo el viejo tzimisce.

-Pues debés saber, que esta es la parte más limpia. – Empezó a explicar De Paso, a lo que Lilith soltó un gemido de disgusto – Esta agua que se vierte en el río, ya pasó por una depuradora. Si nos adentramos más a fondo, podremos disfrutar de los más exquisitos olores del ganado. Delicias del orto, le dicen. -

-Ya salieron los remilgaditos. Para encontrar oro, a veces hay que revolcarse en el fango - le respondió Lupus con sorna.

Quatemoc se fijó en que Pantera estaba serio y pensativo. A todas luces seguía preocupado, y eso, posiblemente, no le permitía participar de la conversación y las chanzas de sus cofrades.

Al cabo de unos segundos, Polidorí regresó al túnel. Traía consigo, bajo la empapada gabardina, unos cuantos bultitos peludos que resultaron ser murciélagos colgados en su interior. Susurró algo, mezclado con unos silbidos y grititos y los pequeños mamíferos se soltaron y comenzaron a revolotear a su alrededor. La imagen se le hizo bastante curiosa al assamita antitribu, poco acostumbrado a ver demostraciones de aquella habilidad cainita.

-Como ha dicho vuestro sabio hermano, este conducto es lo que se llama un emisario interceptor. Son los que vierten de nuevo las aguas al exterior, ya sean ríos, mares o campos de riego. Con suerte, como aquí, el agua pasa por una depuradora antes. Pero para nosotros, esto podría suponer más un problema que algo deseable. - El nosfe realizó un gesto y las pequeñas criaturas aladas se lanzaron hacia el oscuro interior. -He traído linternas y frontales para los que no veis en la oscuridad, aunque no todo el camino estará sin iluminar.

-No tienéiss una antorrchiá, me niego a ussarr estos cachivachesss modiernos.

-Me temo que no mantendríamos una antorcha encendida mucho tiempo en este lugar, maese Bestia, pero id tras de mí y yo os iluminaré. – El Dominio de la Mano, quien demostraba saber tratar con el tacto necesario al viejo cainita, avanzó con seguridad hacia lo profundo, encabezando al grupo. Quatemoc, se dio cuenta de que el agua corría hacia afuera por la sencilla razón de que las galerías debían haberse construido con una leve inclinación desde su origen. Aunque no llegaba a encajarle muy bien mentalmente como aquello era posible, teniendo en cuenta las distancias, pero a sabiendas de la situación, se guardó sus preguntas para más adelante.

Avanzaron durante un buen rato por aquel túnel, escuchando solo la corriente y los pasos de los otros, con alguna que otra queja de La Bestia, que, por suerte, había tenido la buena idea de no traer su chistera, pues la altura de la cavidad, parecía ir disminuyendo cuanto más caminaban. De vez en cuando, se oían los chillidos de los murciélagos y aparecían de vuelta a revolotear en torno a su controlador, que parecía escuchar lo que tenían que decirle y volvía a enviarlos, sin dar más explicaciones.

En un momento dado, arribaron a otra reja con puerta y cerradura que les franqueaba el paso. Polidori anunció que se trataba de la entrada a la depuradora y que, a partir de ahora, tendrían que andar con más cuidado, ya que había podido observar ciertas marcas en las paredes que indicaban que allí comenzaban los dominios Nosferatu de Ottawa.

-Entonces, ¿el príncipe Cranston es un nosferatu? – Preguntó Pantera.

-Una nosferatu, para ser más exactos. -Respondió Polidori levantando el dedo índice. - Le gusta el título en masculino para mantener el mayor anonimato posible. Una de las cosas que más nos costó descubrir fue su verdadera identidad. Pero por desgracia para ella, tuvimos un pasado común y eso me permitió desvelar su mascarada. Es tan ladina que, aunque sabemos que ha contactado con varios cainitas de Montreal, no hemos conseguido averiguar quiénes son, y ahora mismo, podríamos tener varios espías actuando a la sombra de algunas manadas. Así que, nuestra visita, será sin duda de gran ayuda para todos. – Quatemoc se daba perfectamente cuenta de que, en vez de asalto, había dicho visita y que al decir todos, no se estaba refiriendo a todo el Sabbat, o no exactamente.

No habían recorrido más de unos cuantos pasos dentro de las grandes cavidades que albergaban los pilones de agua tratada químicamente, cuando empezaron a notar los

desagradables efluvios que envolvían el ambiente. El dominio les dirigió rápidamente a través de los pasos habilitados para el tránsito humano y les mostró varias marcas y trampas que sus enemigos habían dispuesto especialmente para los intrusos. Los pequeños roedores alados que le servían, según les contó, tenían la labor de detectar ciertas pautas que sólo ellos captaban y por las que él sería capaz de localizar ratas antes de que ellas les vieran. Las ratas eran las cámaras de vigilancia de los nosferatu desde la antigüedad. Sus ojos en las cloacas que dominaban. Atacarlas o intentar controlarlas en su terreno, haría saltar las alarmas. Por eso, los murciélagos eran el instrumento disruptor que el antitribu utilizaba contra aquellas defensas en apariencia inexpugnables. Una argucia interesante, pensó el assamita y muy del gusto de su hermano tzimisce, por lo tradicional que resultaba.

Sin embargo, cuando hubieron dejado atrás la estación depuradora y llegaron a los aliviaderos de tormentas que no eran, según les explicó, sino depósitos que retenían el agua pluvial que entraba por los imbornales para regular el caudal que llegaba hasta allí y que no hubiera desbordes, Polidori anunció que había perdido contacto con sus improvisados sirvientes. Algo o alguien los había neutralizado de alguna manera. Lo que podría llegar a ser, o un contratiempo menor, o un desastre para el éxito de su incursión sorpresa. Así que, les apremió para que avanzasen con mayor rapidez. Y fue entonces, cuando habían perdido a sus avanzadillas y con ellos, posiblemente, la iniciativa, cuando cayeron en la emboscada.

De varios pequeños colectores que llegaban desde el techo, empezaron a caer miríadas de ratas que chillaban mordían y arañaban como si se hubieran vuelto locas, provocando el desconcierto y el caos en el grupo. Aprovechando esta distracción, de una de las compuertas laterales que daban a los pozos de inspección, contruidos para uso del personal de mantenimiento, apareció una figura en sombra, chepuda y encorvada, pero fuertemente musculada que se movía a cuatro patas y saltaba, cual orangután, de tubería en tubería y de pared a pared, de forma que era casi imposible de alumbrar con las linternas y antes de que lograsen si quiera verla bien, ya había golpeado violentamente a varios de los acompañantes de Quatemoc.

El assamita, decidió rápidamente emplear su poder de ofuscación y meterse en el agua para deshacerse de las ratas y esperar el momento en que su enemigo pasase cerca para golpearle, ya que, de esta forma, no sería capaz de percibirlo. Pero cuál fue su sorpresa al verse, nada más sumergirse, sujeto fuertemente por unas enormes manos palmeadas y mordido por unos horrendos colmillos en el hombro. Fuera quien fuese su atacante, no solo no había conseguido

escondese de él, sino que además le había cogido desprevenido. Al instante, decidió convertir la sangre que le succionaba en veneno, una de las habilidades reservadas a los de su clan, para esperar a que su incauto predador, perdiera su fuerza y cambiar así las tornas. El plan funcionó, tras unos segundos bajo el agua, su captor mostró su debilidad aflojando la presa y el ángel de Caín aprovechó para golpearle con fuerza quitándose de encima. Continuó el movimiento sacando la cimitarra y empapándola con su sangre una vez fuera del agua para finalmente, hender su filo hacia abajo en un tajo que le partió desde el cuello, todo a una velocidad y con una precisión sobrehumana, como le habían enseñado.

Aquello le dejó exhausto y hambriento, al borde de perder la cordura. Pero algo inesperado, le hizo volver en sí. Cuando se volvió para intentar ver entre las sombras y luces que se movían desbocadas en la oscuridad, un gran estruendo y una repentina sacudida que hizo temblar la estructura, provocó la huida de todas las ratas en masa.

El ser que peleaba con el resto de sus hermanos y Polidori, perdió su concentración y con ello su ventaja, quedando a merced del dominio el suficiente tiempo como para que éste, le metiera una estaca entre las costillas y lo dejara incapacitado y espatarrado contra la pared. Sin embargo, antes de que pudieran si quiera pararse a ver a qué se estaban enfrentando exactamente, escucharon otro fuerte estruendo y un desagradable chirrido que más parecía un rugido imposible. Un sonido sumamente inquietante que hizo que Polidori les hiciera señas para que no se movieran y no hiciesen ruido:

-Creo que hemos llegado justo a tiempo. - dijo en voz baja. - Seguidme en silencio. A partir de ahora, os recomiendo ignorar y olvidar todo lo que veáis y escuchéis, por vuestra propia seguridad y salud mental y os conminó a que confiéis en mis órdenes y las acometáis sin dudarlos, pues nuestra supervivencia puede depender de ello. Mentiré y hablaré de cosas que no entenderéis. Seguidme el juego y todo saldrá bien. - dijo esto mirando a todos, pero centrándose sobre todo en La Bestia y Pantera. Cuando acabó de hablar, se acercó a Quate y apoyando la mano en su hombro, añadió: Tú mantente a mi lado y consíguenos silencio, yo nos ocultaré a todos de la vista hasta el momento apropiado.

- ¿Y este? - Preguntó Lupus señalando al enemigo estacado. Ahora que lo alumbraban directamente, Quatemoc pudo observar los inconfundibles rasgos de un descendiente de Absimiliard, nombre del, en teoría, primer vástago de la línea nosferatu. Aunque este concreto, era especialmente horrendo y deforme, una mezcla entre un humano jorobado y un simio. - ¿Vamos a dejarlo aquí tirado?

-Nos encargaremos de él a la vuelta, no se moverá de ahí y es importante que alcancemos la madriguera lo antes posible. – Sentenció el dominio.

Comenzaron entonces a adentrarse en un intrincado laberinto de colectores húmedos y oscuros lo suficientemente amplios como para caber de pie. El olor era muy intenso y desagradable, haciendo de la experiencia, como había dicho De Paso, una encantadora degustación de aromas escatológicos. Pronto, las paredes comenzaron a llenarse de marcas pictóricas, grafitis e incluso adornos con telas y lienzos, lo que le decía a Quatemoc, que los túneles que recorrían, eran en realidad el hogar de una comunidad. Pero por alguna razón, ahora se encontraban vacíos.

Volvieron a escuchar el estruendo y todo tembló de nuevo dos veces más durante su trayecto por las madrigueras, lo que provocaba en el assamita antitribu una sensación de alarma constante y una incertidumbre creciente. Pronto, una espesa niebla comenzó a elevarse por todas partes, según se iban aproximando a aquellos intrigantes sonidos. Unos gritos, más humanos, resonaron con el eco, cuando la luz de alguna especie de sala a la que llegaban, comenzaba a reflejarse en la bruma y en el agua de los colectores, y a iluminar por fin su camino:

- ¡Esh imposible! ¿Cómo puede haber acabado con todash nueshtrash defenshash tan rápidamente? – Escucharon. La voz, acartonada y antigua, se arrastraba sibilante entre los dientes de quien la producía. Parecía de una vieja mujer. – No claudicaremosh. Karyn, Felonio, dirigiósh con todosh losh shervidoresh y lash armash a la eshtación de bombeo. Por muy grande y fuerte que shea no podrá shuperar la preshión de diez toneladash de agua encima.

-Pero señora – Dijo otra voz, casi suplicante mientras se oían los pasos apresurados de los que parecían cumplir sus órdenes. – Las noticias de la ciudad son preocupantes, dicen que el Sabbat nos ataca.

-Lo she ingrata shabandija – respondió ella de nuevo. – ¿Dónde eshtá Claudiush? Búshcalo. Mientrash mi hijo proteja losh túnelesh exteriores eshtaremosh a shalvo aquí abajo. Neces hito saber qué esh esha maldita niebla. Tengo un mal preshentimiento... -

Al tiempo que escuchaban la conversación, el grupo se adentró en aquella enorme caverna iluminada de la que provenían las voces. Si lo que decía Polidori era cierto, y nadie podía verles, aquello demostraba un manejo poderoso de su disciplina de ofuscación, sin duda. Y sumando eso al cono de silencio que podía provocar el assamita antitribu, su camuflaje debía resultar perfecto. Podrían plantarse delante de sus enemigos y escucharles sin que ellos supieran que estaban allí. Al entrar, Quatemoc observó varias estructuras de metal de gran tamaño, con decenas de indicadores, válvulas y medidores a lo largo de las paredes. El agua no entraba en aquella gruta. Había tres salidas más que partían de lo que parecía una sala de control central y luces que iluminaban prácticamente todos los rincones. Curiosamente, un montón de cables, recogidos en gruesas madejas y unidos con cinta, recorrían la sala por el suelo y algunas paredes. La gruta albergaba varios monitores y consolas repartidos aquí y allá y una zona elevada con barandillas y un viejo sofá mohoso frente a una gran pantalla. Y de ahí parecía provenir la voz que escuchaban y que el Silver Rocket atribuía a Cranston. Un bajito y orondo muchacho con la ropa demasiado pequeña y una capucha que le cubría el rostro avanzaba hacia ellos en pos del túnel por el que habían entrado. El dominio se apartó y les indicó a los demás que hicieran lo mismo. Lo que hizo que el joven nosferatu pasara de largo sin siquiera darse cuenta de su presencia.

- ¡Huye Alicia! - dijo de pronto Polidori una vez que quedaron a solas con la cainita del sillón y tocó a Quate para que disipara el silencio. El amasijo de capas y trapos que se giró en ese momento, parecía contener a un pequeño ser, del tamaño de una niña, con las manos y la cara vendadas, que no dejaban ver lo que escondían. Pero casi en un instante, los trapos se arremolinaron y callejón al suelo, descubriendo a una bella adolescente, rubia y de azules ojos, vestida como una colegiala, que miraba curiosa a todas partes buscando de donde había salido aquella voz:

- Muéstrate viejo sombrero tarado. - dijo sonando ahora como una niña - Quiero verte. Hace tiempo que no respondo ya a ese nombre. Debes saber que ahora soy la Reina - Y, al recoger los trapos y ponérselos, estos transformaron a la joven, inexplicablemente en una reina de cuento, delante de sus narices.

Y Polidori se dejó ver y con él a sus acompañantes.

-Déjate de juegos Cranston. ¿Es que no ves quién se acerca? ¿Es que no te acuerdas? Si en algo aprecias tu existencia, lárgate de aquí. Coge a tu progenie y huye. - El assamita supo que

empezaba la función, cuando empezó a no cuadrarle aquello y Bestia desencajaba la mandíbula. Pero Pantera mantuvo su templanza y los miró pidiendo calma.

- ¿Qué pretendes viejo tramposo? ¿Embaucarme? Ya no soy tan inocente. Si en verdad fuera quien dices, uno de ellos, un Nictuku, tú mismo estarías huyendo, no habrías venido hasta aquí para avisarme. Lo que quieres es quitarme mi corona. Deseas mi ciudad para el Sabbat. – La interpretación de Cranston estaba siendo de Oscar. Impostaba como si en realidad fuese una actriz de Hollywood.

-Abraxas, Señor de la niebla. – Continuó el antitribu sin seguirle el juego - Tu viejo conocido. Vamos tras él. Este es mi Kamut - Dijo señalándoles a ellos - ¿Recuerdas? ¿Ya has olvidado cuando te recluté? El Sabbath solo es un instrumento. Yo trabajo para la Mano, la verdadera.

-Tal 'Mahe 'Ra. – Dijo ella abriendo mucho los ojos, como invocando su gastada memoria. - ¿Desde cuándo persiguen Nictuku? - Quatemoc ya empezaba a elucubrar de forma desenfadada. ¿Se trataba de un embuste? ¿O Había algo de verdad en aquel galimatías? Otro gran rugido acompañado de un estruendo y un temblor sacudieron la sala que no dejaba de llenarse de aquella densa bruma.

-Perseguimos a los enemigos de la estirpe. Te estoy ofreciendo una salida. Por los viejos tiempos. Busca refugio en Quebec. - Uno de los aparatos junto al sillón estalló en estática. Parecía una comunicación entrante:

-Señora, ¡le hemos dado con todo! ¡No sé detiene! – Entonces, Cranston se acercó a una de las válvulas que tenía cerca:

- ¿Y si le deajo entrar? – Amenazó sujetando la rueda. - Entonces veré si es verdad lo que dices con mis propios ojos.

- ¡Aaaaaah! – Un terrible grito y un golpe seco se escucharon a través del comunicador seguidos de silencio y estática. La tensión aumentaba.

-Ya sabes que no funciona así. – Polidori se mostró firme. – Si no te marchas me veré obligado a matarte. No me dejarás opción. – Los Silver Rockets entendieron aquello como una señal y todos mostraron sus armas y sus mejores poses amenazantes. Y debió funcionar, porque, en

aquel momento, Cranston se desmoronó. Perdió su máscara volviendo a su apariencia inicial. Una pequeña anciana cubierta de vendas y capas de trapos sucios.

- ¡Maldito sheash viejo loco! Hash traído la deshgracia a mi ciudad contigo y me hash hecho perder la corona. ¡Quédate con tus shombrerosh, tu monshtruo y mi ciudad! ¡Allá te empachesh! Dijishte que podría shalvar mi progenie ¿Dónde eshtá Claudiush?

-Lo encontrarás estacado de camino a la estación depuradora, junto a los aliviaderos. – Se escuchó otro rugido, esta vez mucho más cerca. La niebla ya era tan densa que apenas se veía a más de un brazo de distancia. Fuera lo que fuese aquello a lo que habían llamado Nictuku, se acercaba. – Lárgate ya y no mires atrás. – Y Cranston se perdió en la niebla.

-Ahora debéis marcharos vosotros – les dijo a los Silver Rockets Polidori. – Aquello pilló a Quatemoc y sus hermanos totalmente por sorpresa. – El objetivo del Sabbat ya solo depende del buen hacer de Ezequiel y los suyos. Nosotros hemos cumplido el nuestro. Pero como habréis podido imaginar, a mí me queda un asuntillo por cerrar. – El sonido era ya tan estruendoso, que el dominio tenía que gritar para que pudieran escucharle. Un golpe hizo retumbar toda la sala y caer gravilla del techo, algunas válvulas se soltaron y el agua comenzó a manar de varias tuberías.

-No vamos a dejarte sólo ante ese ‘lo que sea’. – Gritó testarudo el assamita.

-El Nictuku es un viejo enemigo de todo mi antiguo clan. Yo lo atraje hasta aquí para librarnos de Cranston. Ahora es responsabilidad mía alejarlo de los dominios del Sabbat. Pero no os preocupéis, tendré apoyo de la mano. – Cogió a Quatemoc y lo apartó un metro de los demás. – No todo lo que he dicho antes son mentiras y casi nada es verdad. – le dijo, para que solo él pudiera oírlo - Recuerda a tus cofrades que no os conviene andar haciendo preguntas sobre lo que habéis visto y que más os vale olvidarlo por ahora. Si todo va bien, pronto nos veremos y podré darte algunas respuestas. Huid por aquel túnel, que lleva al centro de la ciudad y volved al punto de reunión. En pocas horas, Ottawa habrá caído.